pudiesen pasar adelante los caballos. Llegado el día comenzó la grita y el silvar y el pelear, que duró todo el día, con muerte de muchos mexicanos. Quedaron heridos algunos castellanos, porque de las azuteas tiraban muchas pedradas, aunque las escopetas y ballestas los maltrataban. Y habiendo sido avisado que le habían de acometer de noche, aunque fuese contra sucostumbre, mandó que se pusiese buena guarda.

CAPÍTULO LXIX. *Que prosigue la guerra de Mexico; y aprieto en que los indios tenían puesto a Cortés, donde hay cosas de notar*

OLVIERON EL DÍA SIGUIENTE LOS INDIOS a dar el tercer combate a Cortés, con grandísimo ímpetu; mataron a Cerezo, hombre de a caballo y viendo que eran su destruición las azuteas, por las muchas pedradas, dejó los caballos y con ciento y cuarenta escopeteros y ballesteros entró por la calle de Tacuba, haciendo gran riza; ganóla toda, porque llegaron a Tacuba, adonde se pudieran hacer fuertes y salvarse con toda la riqueza que tenían; pero teniendo en poco a los indios, volvieron al alojamiento y en las calles les acometieron infinitos indios, y como los de a caballo no se podían revolver, eran de poco fruto. Tomaron un castellano vivo, sin poderlo remediar, luego le sacrificaron a vista de todos. Tomaron dos piezas de artillería y echáronlas en las acequias y aunque con trabajo llegaron al aposento y los indios abrieron las puentes que los castellanos cegaron, para que pasasen los caballos. Volvieron otro día a pelear, la cuarta vez, tantos, que espantaba y acometieron el patio del templo mayor, adonde aunque era grande, por ser enlosado, no eran de provecho los caballos. Estaban en lo alto del templo muchos señores, gobernando y ordenando a la gente adonde habían de acometer. Envió Cortés contra ellos a Escobar, su camarero, con cien hombres y en subiendo cuatro gradas cayó sobre ellos tanta piedra y pedazos de maderos, palos y tizones que los hicieron retirar; tres veces fueron de esta manera rebatidos. Súpolo Cortés, atóse una rodela al brazo, porque estaba herido en una mano, fue adonde esto pasaba; dijo, que era vergüenza que se detuviese más aquel negocio; arremetió él primero, siguiéronle muchos, subiéronse las gradas, aunque derribaron algunos castellanos, malheridos. Dieron en trescientos caballeros, que allí estaban, no quedaron seis vivos, porque unos murieron a cuchilladas, otros despeñados, porque se echaban de los pretiles del templo y dos se quisieron abrazar con Cortés, para echarse con él, mas como era hombre de buenas fuerzas desasióse. Lo mismo aconteció a Ojeda y muriera despeñado si no le socorriera Lucas Genovés. Subieron a lo alto del templo, no hallaron persona, sino mucho cacao y comida y los indios tlaxcaltecas y cempoalles tuvieron buen día, porque comieron de los caballeros mexicanos muertos. Volvieron más indignados el siguiente día los mexicanos, con nuevas ma-

neras de pelear, con ayuda de la gente que les acudía de la comarca; tiraban las varas por el suelo para herir en los pies y piernas y así hirieron a más de doscientos castellanos, hasta que buscaron reparos; y eran tantas las flechas, que los que estaban señalados para recogerlas, no hubo día que no quemasen cuarenta carretadas. La hambre era tanta que a los indios no se daba más de una tortilla de ración y a los castellanos cincuenta granos de maíz. La falta de agua era grande y la sed aquejaba mucho. Cavaron en el patio del alojamiento y aunque la tierra era salitral salió agua dulce, cosa milagrosa; y asomándose un indio tlaxcalteca, por un reparo, a ver lo que pasaba, le dijeron los mexicanos: perro ahí moriréis de sed, vosotros y esos perros cristianos. Respondió: bellacos, infames, fementidos, que no sabéis pelear, sino amontonados, tomad esa tortilla que me ha sobrado de mi ración, que poco a poco habéis de acabar todos. Peleábase reciamente por todas partes, el artillería hacía gran estrago y en disparando una pieza, se volvían los indios a juntar, como si nada hubiera sucedido. Los sacerdotes del templo quisieron quitar este día una imagen de la madre de Dios nuestra señora del altar del templo, adonde la puso Cortés y se les pegaban las manos, no pudiéndolas desasir en gran rato; a otros se les enflaquecían las brazos; a otros se les entomecían las piernas y caían por las gradas deslomados y descalabrados.

Había Mesa, el artillero mayor, cargado muy bien un tiro grande y como los indios apretaron hasta la boca y las ruedas, peleando, no le pudo cebar, y sucedio, o por el calor de la gente o del gran sol, que la pieza, sin darla fuego, de sí misma se disparó con tan furioso trueno que mató a muchos y espantó a todos, de tal manera que los más cayeron en tierra y se fueron retirando, aunque por las otras partes continuaba la batalla tan porfiadamente, que se tuvo por cierto que acabaran aquel día los castellanos si no fuera por lo que decían los indios, que la imagen de nuestra señora les echaba tierra en los ojos y que un caballero muy grande, vestido de blanco, en un caballo blanco, con espada en la mano, peleaba sin ser herido, y su caballo con la boca, pies y manos, hacía tanto mal, como el caballero con su espada. Respondíanles los castellanos: Ahí veréis, que vuestros dioses son falsos, esa imagen es de la virgen madre de Dios, que no pudistes quitar del altar y ese caballero es el apóstol de Jesucristo, Santiago, a quien los castellanos llaman en las batallas y le hallan siempre favorable. En esto Diego de Ordás se iba retirando con trescientos hombres por la calle de Tacuba y Cortés, que peleaba en la de Itztapalapan, fue a socorrerle, atada la rienda al brazo, por la herida de la mano; alanceó muchos, revolvieron sobre ellos de manera que los hicieron huir. Volvió adonde dejó sesenta de a caballo y doscientos infantes, halló que se retiraban; dijo que era vergüenza hacer tal, hombres castellanos, cargólos y púsolos en huida. Fue a ver lo que se hacía en otra parte y halló que los indios llevaban a su gran amigo, Andrés de Duero y a su caballo. Ganó el caballo y Andrés de Duero, viendo el socorro, comenzó con una daga a desbarrigar indios y luego Cortés a alancear y así escapó. Otro día por la mañana se volvió a la batalla tan reñida como antes y los indios pusieron fuego a la casa,

viendo que los cristianos se defendían. Hízose diligencia en matarlo, derribando una pared, y aquel portillo se fortificó con artillería y reparos; y porque de una torre, que estaba en las casas de Motecuhzuma, hacían daño, Cortés determinó de ganarla. Fue con doscientos castellanos y fue cosa misteriosa que echando tan grandes maderos por las gradas, atravesados, que se podían llevar diez y doce hombres, se volvían de punta y así no hacían daño. Ganó la torre, mató a los que la defendían, entró por la ciudad, quemó más de mil casas, ganó siete puentes, mató gente sin número, y aquí llegó a gran priesa uno de a caballo a decirle que los señores mexicanos le querían hablar de paz. Holgó de ello, mandó que Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval fuesen con sesenta de a caballo y que con cuatrocientos infantes quedase Juan Velázquez de León, para que no se perdiesen las puentes ganadas. Fue a los mexicanos, saludóles con mucha gracia, dijeron que por qué no se iba como lo había prometido, pues tenía navíos y no les daba a su señor Motecuhzuma. Y platicando sobre esto le llegó aviso que eran perdidas las puentes; acudió a socorrerlas; halló muerto a Juan de Soria y a otro y caídos cinco caballos. Cobrólos y peleó tan valerosamente que con sola su persona, restauró las vidas de muchos.

CAPÍTULO LXX. *Que prosigue la batalla de los indios; y fin y muerte que tuvo este gran monarca y emperador Motecuhzuma a manos de los mexicanos*

LEGÓ FERNANDO CORTÉS al alojamiento con dos pedradas en en una rodilla, halló la gente muy confusa porque, como tardaba, pensaba que era muerto; alegráronse con él; continuábase la batalla; los indios abrían las puentes y peleaban de las azoteas. Vio Cortés a uno muy galán, a quien todos obedecían; envió a Marina para que preguntase a Motecuhzuma si habrían dádole obediencia. Dijo que no se atreverían en Mexico a elegir rey, siendo él vivo; quísolos mirar, dijo que eran sus parientes y que entre ellos estaban el señor de Tetzcuco y el de Itztapalapa. Crecía la batalla; hallábase Cortés muy confuso y también Motecuhzuma, que debía de temer que le matasen; dijo a Marina que hiciese saber al capitán, que quería subir a un pretil para hablar a sus vasallos, con que podría ser que viniesen en algún buen medio. Cortés holgó de ello, subió con doscientos castellanos de guarda, vestido realmente y con él Marina para entender lo que se hablaba. Los señores que subieron con él, hicieron señal luego le conocieron, alzó la voz, y dijo que por el bien que les había hecho holgaría que le mostrasen agradecimiento y que había entendido que habían hecho rey porque estaba preso y quería bien a los cristianos y que no creía que dejasen a su rey natural por otro, lo cual vengaría Dios; y que si habían peleado tanto por ponerle en libertad se los agradecía; pero que iban errados, porque de su voluntad se estaba en aquellos aposentos, que eran